Núm. 8.





EL TRIUNFO DEL AVE MARÍA.

ROMANCE HISTÓRICO.

INTRODUCCION.

Al son de mi dulce lira
quiero evocar de mi patria
de otros tiempos las grandezas,
de otros dias las hazañas.
De mi patria tan valiente
como á veces calumniada;
de mi España que hoy dormita
entre laureles y palmas.
Pero ¡guay del que atrevido
piense en inferirla infamia!
¡guay del audaz que se burle
de sus creencias sagradas!...
¡Que aquí los niños en héroes
se truecan para vengarla,
y donde ponen los ojos
allí con su acero alcanzan!

PRIMERA PARTE.

HERNAN PEREZ DEL PULGAR.

El año mil cuatrocientos
noventa y uno, Granada
se adormia al blando arrullo
de sus festines y zambras.
Un rey cobarde y altivo
en sus muros se encerraba,
entregado á los errores
de la ley mahometana.
Sus huestes ya se batian
tristes y desalentadas;
y el emir Muza tan solo
en la victoria soñaba.
Los caballeros cristianos
en valor rivalizaban,
y seguian el asedio
con indómita pujanza.
Uno existia entre todos
que en temerario tocaba:
Hernan Perez del Pulgar,
el que tomó á escala franca
del Salar el gran castillo,
cuyo título le honraba.
Y cierta noche reuniendo
unas diez ó doce lanzas,
les habló así: «Por mi nombre
«las dilaciones me cansan,
«y he resuelto que una vuelta
«hoy nos demos por Granada.»
Amparados de la noche
llegaron hasta la plaza,
donde la grande mezquita
erguida se levantaba:
y el del Pulgar apeándose
un grande cartelon saca
pintado de azul oscuro,
donde con letras doradas
Ave María decia,
de la Reina sacrosanta
la invocacion mas sublime,
la mas tierna y mas galana.

El valeroso Hernan Perez
ató el cartel á la daga,
y con brazo el mas robusto,
de una sola puñalada,
de la puerta en la mezquita
clavólo en las férreas mallas,
y despues arrodillándose,
con voz que el llanto mojaba,
dijo: «¡Oh Reina de los cielos!
«de este instante consagrada
«esta mezquita á tí queda,
«que será iglesia cristiana:
«aquí tu nombre les dejo
«á las gentes musulmanas;
«¡ay! si le infieren ofensa
«con hechos ó con palabras.»
De esta guisa el caballero
habló con voz reposada,
y sin temor al peligro
que cerca le amenazaba,
diz que les dijo á los suyos,
que las voces escucharan
de las rondas que venian
lanzando mil amenazas;
diz les dijo: «No aturdirse,
«que la Vírgen nos ampara;
«así, corazon sereno
«y lista y firme la espada.»
Y á través de las legiones
que el camino les cerraban,
de la ciudad se salieron
á la vega solitaria,
batiéndose cual se baten
los bravos hijos de España.

SEGUNDA PARTE.

GARCI-LASO.

De la noche las tinieblas
disipa ya el sol radioso,
y por la vega cabalga
rápido un ginete moro.
Le acompañan diez esclavos
de negro y brillante rostro,
que lucen níveos turbantes,
fajas y alquiceles rojos.
Al Real de Santa Fé
se dirigen presurosos
los once ginetes bravos,
los bravos ginetes moros.
Es el que marcha delante
decidido y animoso,
Abd-Allah-ben-Tarfe, gefe
de una taifa de los pocos
que aun los muros de Granada,
aun defienden valerosos,
con la fiereza del tigre
y con la astucia del lobo.
Sobre la robusta pica
ostenta Tarfe orgulloso
un cartelon relumbrante,
dó á veces fija los ojos
con mofa, y «Ave María»
dice con acento bronco,
espoleando al troton
que galopa sudoroso.
Por fin al Real llegaron,
dó los cristianos curiosos
avanzando contemplaban
aquella tropa de moros.
Paró Tarfe de los muros
cerca del profundo foso,
empinóse en los estribos,
y cual el valiente toro
con su pupila candente
fiero observa desde el coso
á los que tras de las vallas
le contemplan jactanciosos;
así Tarfe á los cristianos
miró decidido y osco,
y despues con voz robusta
dijo de cólera ronco:
«Perros, que ahí guarecidos
«estais temblando medrosos,
«salid, cobardes, que llega
«á vuestros fuertes un moro;
«no las tinieblas le encubren
«de que os amparais vosotros
«para llegar á Granada
«ocultos y cuidadosos.
«Yo vengo á la luz del dia,
«porque yo jamás me escondo,
«y á provocaros me acerco
«sin temer vuestros enojos.
«Salid, canes ladradores,
«uno á uno, ó salid todos,
«que ahí en la próxima vega
«os espera Tarfe solo.

«Y este cartel que dejasteis
«en Granada, y del que mofo,
«mirad cuánto le desprecio,
«mirad dónde le coloco.»
Y volviéndose á la grupa
de su caballo brioso,
de la atacola prendiéndolo
se alejó muy poco á poco.

***

¿Habeis visto cuando el cielo
se oscurece pavoroso,
y las nubes agrupándose
forman enlutado toldo,
y las brisas enmudecen,
y se callan los arroyos,
y sus nidos van buscando
los pájaros silenciosos,
y ni se agita una hoja,
ni recruje un viejo tronco?
Pues así en el campamento
mudos quedaron y absortos
los cristianos que en cien lides
se batieron valerosos.
Y era que hervia la cólera
en sus pechos de tal modo,
¡que la voz robó á sus lábios
y hasta la luz á sus ojos!
Pero despues cual sucede
á la calma el quejumbroso
bramido de la tormenta,
que llena el espacio cóncavo;
despues se oyó un fuerte grito
brotar de los pechos todos;
grito que clamó: «¡venganza!»
unísono y poderoso,
y que cual fiero estampido
de destructor terremoto,
retemblando prepotente
tragó el eco cavernoso.

***

En su tienda pensativos
están los Reyes católicos,
y de la parte de afuera
se escucha recio alboroto:
lo causan los caballeros
que se acercan presurosos
á solicitar su venia
para dar castigo pronto
al audaz que en su osadía,
teniendo la vida en poco,
á la Reina de los cielos
agraviara de tal modo.
Mientras esto sucedia
de sus altezas en torno,
en una tienda apartada
se vía á un gallardo mozo
aun imberbe, casi un niño,
que se armaba presuroso
un blanco arnés de Vizcaya,
escaso en ricos adornos.
—«Nuño, gritó, mi caballo.»
Y al llamamiento afanoso
acudió un viejo escudero,
llevando del diestro un potro
de mallas eucubertado
y relinchando gozoso.
Montó el doncel con presteza
en el impaciente tordo,
que no bien sintió al ginete
sobre sus robustos lomos,
salió al galope tendido
entre una nube de polvo.

***

De una frondosa alameda
al grato abrigo sombroso,
descabalgó el audaz Tarfe,
y aguardando quedó solo.
Al breve rato dormia,
dormia tranquilo el moro,
cual enfrente del peligro
se duermen los valerosos.
A la frondosa alameda
llega ya el imberbe mozo,
el de la blanca armadura,
el del impaciente tordo.
Con la visera calada
entra en el sitio frondoso,
y encarándose con Tarfe
le apostrofa de este modo:
—Por tu cabeza aquí vengo
desdichado jactancioso,
tu cabeza que insegura
está ya sobre tus hombros.
—¿Quién eres? pregunta Tarfe.
—¿Qué importa si te provoco?
—Es que yo nunca me bato
con aquel que no conozco.
Alzó el doncel la visera,
y al ver su juvenil rostro,
miróle Tarfe admirado

y sonriendo afectuoso.
—¡Bien, rapaz!... ¡muy bien! le
has empezado bien pronto (dijo,
á buscar árduas empresas,
mas me pareces bisoño.
Vuelve al Real, y al de Córdova,
que es tan ardido y famoso,
dile que Tarfe le espera,
dile que le espera solo.
—Vengo á batirme contigo,
dijo el doncel, que en su enojo
barbotaba las palabras
ya convulso y tembloroso.
—¡Estás temblando!...
—¡De cólera!...
—¡Ó de miedo!...
—¡Calla, moro!
Gritó el doncel balbuciente
adelantando furioso,
y alzando la fuerte lanza,
por el cuento dió en el rostro
de Tarfe, con ciega furia
un rudo golpe afrentoso.
No con mas fiera pujanza
ruge el leon cuando el plomo
del cazador le atraviesa
y se vé de sangre rojo.
No mas ágil ni imponente,
mas feroz, ni mas indómito,
se arroja sobre su presa
que Tarfe acometió al mozo.
Por la solitaria vega
un golpe se escuchó sordo:
ya de los dos combatientes
las lanzas se habian roto;
ya brillaban los aceros
con destellos fulgurosos
las armaduras dejando
sin sus brillantes adornos....

***

Media hora ha trascurrido
y vá el doncel ufanoso
galopando por la vega
sobre su incansable tordo.
Lleva un cartel sobre el pecho
en que con letras de oro
se vé el nombre de María
destacarse esplendoroso.
Y en la diestra mano lleva,
lleva un sangriento despojo,
es la cabeza de Tarfe
que él ha cortado animoso.

***

Armado de todas armas
llega un ginete de pronto
junto al jóven y le dice
entre risueño y quejoso.
—¡Garci-Laso, Garci-Laso,
«en verdad me causa enojo
«el ver que dejando vais
«mi lanza en constante ócio!...
Y sonriendo indulgente
le abrazó con alborozo.
Era Gonzalo de Córdoba
que al reto acudia ansioso
del iluso á quien mataran
su temeridad y arrojo.

***

Y de entonces á los Lasos
dieron los Reyes Católicos,
de la Vega el apellido,
que siempre ha sido famoso:
concediéndoles pusieran
en sus escudos honrosos
un cuartel dó se leyese
de María el nombre hermoso.
Y el pueblo de Santa Fé
entre sus fastos gloriosos
conmemora aquella hazaña
ostentando el cuartel propio
en su escudo que corona
una cabeza de moro.

***

Ya ves, pueblo de mi España
si estar puedes orgulloso
cuando ves que si pretende
alguien cubrirte de oprobio
y tus creencias cristianas
á escarnecer osa loco,
tus niños saben vengarte,
y valientes y hazañosos
llegan siempre con su espada
á donde ponen los ojos.

AGUSTIN LOBEZ.

Valencia: Imp. de J. M. Ayoldi.